La reina 7

benita romero morano

Image not found.

Capítulo 1

LA LLEGADA DE GORBER

En el castillo junto al mar, todo está preparado para recibir al resto de los señores de Martran. La reina no sabe quién será el próximo en llegar, eso la intranquiliza; pero está dispuesta, a cualquier precio, a conseguir que todo salga bien. Hace muchos días que partió Sienam; reza para que cumpla su misión y le traiga a sus hijos sanos y salvos. Los días, para ella, transcurren despacio. Habla mucho con Mander, I aprende cosas nuevas todos los días de este mundo que es el suyo. Mander es un ser extremadamente interesante, con una visión tremendamente objetiva de todos los acontecimientos aunque se halle implicado en ellos; su capacidad para ver las cosas desde fuera, sin emociones que le nublen la razón, le es muy útil a Laiya. La descripción que ha hecho de sus futuros invitados ha ampliado su visión de estos personajes; la reina sabe que aunque entre ambos hay una gran complicidad, cuando lleguen los demás invitados ha de tratarlos a todos por igual. Los días transcurren con una monotonía relajante.

—Señora —Sailla acaba de entrar con un ramo de flores blancas de suave fragancia.

—Qué bonitas. ¿De dónde son?

—Crecen entre las rocas, no se pueden comparar con las del valle, pero huelen muy bien —responde la joven.

—¿Mander está en la biblioteca?—pregunta la reina, mientras se acerca aspirando profundamente el delicado perfume de las pequeñas flores.

[159]

—Sí, alteza, hace más de una hora que le vi entrar.

—Bien, ayúdame a vestirme.

—No ha terminado de comer, apenas ha probado bocado.

—No tengo hambre.

Sailla frunce el ceño, preocupada. La reina no se alimenta bien, las tensiones la van a debilitar. La ayuda en silencio , con expresión de angustia la ve salir del cuarto.

Laiya entra en la biblioteca, I pasa la vista por los miles de libros que tapizan las paredesI complacida.

—Buenos días —se dirige a Mander, que inclinado lee con interés.

—Buenos días —le responde el alado levantando la vista.

Se repite la misma escena de todos los días: Laiya se acerca y fija su atención en el libro que él tiene abierto, I lee interesada:

—«Como canalizar la magia de la naturaleza», parece muy interesante.

—Lo es, usted tiene el don de canalizar la fuerza de la naturaleza, pero le será útil tener mayor control sobre ella.

—¿Quién lo ha escrito? —pregunta sumamente interesada.

—Muchos de estos libros son anónimos, pero éste en concreto es de Nula, señora de los arbóreos, que gobernó a su pueblo hace muchos siglos.

Lo coge para comenzar su lectura cuando es interrumpida por Sailla, que entra en tromba en la estancia.

—¡¡¡Alteza, alteza!!! —grita excitada.

—Tranquilízate, muchacha, y dime qué ocurre.

—El capitán de la guardia desea hablar con usted, parece que un grupo numeroso se acerca al castillo.

—No dudo de que será Gorber, siempre tan ostentoso e indiscreto —comenta el alado, como si expresara en voz alta sus pensamientos.

La joven sin prestar atención a Mander, se inclina ante su reina para volver en unos instantes seguida de un individuo prototipo de los habitantes del valle: robusto, de mediana estatura, pelo negro y piel terrosa. El capitán, ya que de él se trata, se arrodilla ante Laiya, ignorando descaradamente a Mander, situado unos pasos más atrás.

—Levántate, y explícame qué ocurre.

—A una jornada de aquí, se aproximan seis jinetes, viajan a gran velocidad , no hay duda de que se dirigen al castillo.

—¿Puedes identificarlos?—pregunta la reina, preocupada; el

castillo está muy bien camuflado, pero nada es seguro al cien por cien.

—Es fácil señora. Son habitantes de las cavernas, al menos cinco de ellos; el sexto es un mago del valle.

—¿No se ocultan? —exclama Laiya.

—No, alteza; aunque ocultarse no les hubiese sido fácil—responde el capitán, recordando la impresionante estatura del último habitante de las cavernas que vio hace años.

—Qué barbaridad —la reina está muy enfadada—. ¿Están locos? ¿Brortran no les avisó de que debían pasar desapercibidos?

—Seguro que lo hizo, pero Gorber es muy particular; ya comprobará que es difícil de controlar —el señor de los alados sabe de qué habla, no se han visto más de un par de veces pero ha escuchado anécdotas sobre el carácter del señor de las cavernas.

—Yo no creo que sea tan difícil, todos tenemos debilidades. Solo hay que encontrar la suya, I creo que ya la he hallado.

Mander la mira sorprendido. La seguridad que reflejan sus palabras demuestra que Laiya tiene un plan, pero no alcanza a ver cuál es.

—Sailla—llama impaciente la reina. La joven, que se había ausentado tras el capitán, entra precipitadamente—. Escúchame atentamente. Quiero que adornes el salón del trono: alfombras, flores, todos los escudos y estatuas que puedas conseguir; no quiero ni un trozo de pared libre.

—Pero…

La reina no la deja terminar.

—Haz lo que te digo, no hay tiempo para explicaciones.

—Sí, alteza—la joven sale rápidamente a cumplir la orden recibida, aunque no comprende nada; sin embargo, Mander sí lo ha entendido I, sonriendo, mira a Laiya.

—Te tengo que dejar, los preparativos me llevaran algún tiempo. Nos veremos en el salón del trono para recibir a los nuevos invitados.

[161]

MARTRAN: El regreso de la reina

—¿Cree que caerá en la red que usted piensa tenderle?—el señor de los alados la mira dudando, aunque es consciente de lo fácilmente que Gorber sucumbe ante un halago.

—Estoy totalmente segura. No le he visto nunca personalmente, pero entre lo que he conseguido recordar y lo que tú y el guardián me habéis contado, creo que tengo un retrato bastante exacto de nuestro huésped.

—Confío en vuestra intuición, es difícil no sucumbir a vuestros encantos.

Laiya enrojece ante las palabras del alado. Sin responderle, sale de la biblioteca, mientras Mander se enfrasca en la lectura.

Durante las horas siguientes, la reina repasa el protocolo con Sailla,

mientras la muchacha saca la ropa y todas las joyas que su señora ha traído. Ya en el lecho, horas más tarde, la seguridad de Laiya se tambalea; no está en su naturaleza ser aduladora ni mentir, y ambas cosas le serán necesarias cuando esté en presencia de Gorber.

—Señora, están llegando a las puertas del castillo.

La reina abre los ojos sobresaltada.

—Tranquilízate, I prepara un baño con esencias de flores del valle, la túnica bordada en oro y todas las joyas; tenemos que impresionar a nuestro invitado.

—Dejad que os ayude a bañaros —le dice solícita la joven.

—No es necesario; pero sí deseo que trences mi cabello como lo llevaba mi madre el día de su coronación.

Cuando Sailla termina de arreglarla, Laiya se mira al espejo.

Está hermosa, aunque para su gusto su aspecto es algo recargado. Pero está segura de que eso gustará al señor de las cavernas. Se ríe y comenta a la joven:

—Querida, ¿logras ver algo de mí entre tantas joyas? Tengo que darme prisa, con tanto peso tardaré una eternidad en llegar al salón del trono.

Ambas prorrumpen en sonoras carcajadas.

—Está usted muy hermosa —la admiración se refleja en los ojos de la joven mientras mira a su reina.

Laiya entra en la estancia aún vacía, I se dirige al trono seguida de SaillaI que la ayuda a sentarse. Su aspecto es impresionante. En la túnica, bordada en oro y seda azul con flores del valle como motivo principal, apenas se puede distinguir el celeste pálido de su fondo, en su cabeza descansa la corona de seis puntas, que durante siglos identificó a los reyes, en la base de cada una de ellas están los escudos de las cinco razas y en la sexta el propio de la casa real de Martran. La reina ha cuidado de que el escudo de los habitantes de las cavernas este colocado en una posición bien visible; la corona, profusamente repujada y con numerosas piedras preciosas, es de las joyas más ostentosas que Laiya recuerda haber visto nunca. Sobre su pecho descansa un blasón de oro, obtenido en las profundidades de Martran y regalado a la casa real hace siglos por uno de los señores de las cavernas, a este adorno lo acompañan varias insignias propias de su rango, heredadas de su padre. En la mano derecha, en el dedo anular, se encuentra el anillo con el escudo del trono, que los reyes han usado para sellar sus edictos. El sol que entra por las cristaleras se refleja en Laiya, que desprende destellos cegadores. La reina sonríe; esto obligara a bajar la vista al orgulloso Gorber, aunque solo sea para no quedarse ciego.

Seguidamente entra Mander, quien se cubre con una túnica azul

celeste, sin más adornos, pero mantiene ligeramente desplegadas las alas, lo que le da un aspecto impresionante. Se coloca en un lateral, alejado del trono. Despacio, van entrando los magos del consejo con Morgan a la cabeza; todos llevan las insignias que los identifican como magos de primer nivel y la banda de miembros del Consejo Real. Una pequeña parte de la guarnición que cuida el castillo está formada en la entrada al salón, se ha colocado una enorme alfombra que recorre el pasillo central por donde en esos momentos aparece Gorber seguido de su séquito.

Sin poder evitarlo, la reina permanece unos segundos sin reaccionar; el aspecto del señor de las cavernas impresiona: su estatura enorme, incluso por encima de los de su raza, su piel negra, que brilla como si desprendiera luz propia, sus ojos -eso es lo que más impacta a Laiya- negros como el azabache, que miran altaneros a todos los que le rodean. En su recorrido intentan centrarse desafiantes

en quien ocupa el trono, pero los destellos de luz le deslumbran y le obligan a bajar la mirada muy a su pesar. Mander, que observa los hechos algo apartado, sonríe; está claro que la reina sabe cómo manejar la situación; pero es consciente del enfado de Gorber y eso no es bueno para nadie.

—Gorber, estamos muy contentos de tenerte entre nosotros.

Sin tu presencia esta reunión no tendría sentido.

El señor de las cavernas no responde, la tensión empieza a crecer; pero en ese momento Laiya se levanta I, bajando los escalones que separan el trono del pasillo central queda frente a él y le habla levantando la cara con voz dulce. A pesar de no ser de baja estatura, frente a él parece frágil e indefensa.

—Confío en ti para conquistar Martran. Sé que defenderás a tu reina de su enemigo —le mira directamente a los ojos; Gorber queda preso de su mirada y se sumerge en un prado verde, extasiado. No puede apartar los suyos de esos ojos que le confunden.

Sin apenas darse cuenta, se arrodilla; sus hombres, sorprendidos, le imitan.

La reina le habla con ternura, como si de un niño se tratase.

—Levántate. Cuéntame cómo se ha desarrollado el viaje desde tu territorio hasta aquí. El camino es largo, aún es más de apreciar vuestra presencia aquí por las dificultades que habréis tenido que sortear.

—No hemos tenido grandes problemas; un par de escaramuzas sin importancia—la voz del señor de las cavernas refleja desdén.

—¿Qué camino habéis elegido?—Laiya intenta que no se note la preocupación que la embarga.

—Siguiendo el curso del río; es el más corto —responde Gorber, aún impresionado por la reina.

—No os habrá sido fácil pasar desapercibidos.

—Aleon—indica el señor de las cavernas, señalando a un mago de edad indefinida que permanece semioculto entre los soldados de Gorber—. Él nos ha cubierto todo el camino; su magia nos ocultó. De todas formas, no temo a Porsam; yo soy libre de recorrer Martran. Pero Brortran insistió tanto en la necesidad de que no se supiera de mi viaje que no quise contrariarlo.

—Agradezco que hayas atendido su petición, es importante la sorpresa en la batalla que se avecina —Laiya está disgustada, sabe que la estela de magia que han ido dejando será un reclamo para el señor de los pantanos. Está realmente asustada, piensa que cuando esta estupidez acabe se reunirá con sus magos y tratará de arreglarlo, si aún es posible—. Pero mis soldados os identificaron—comenta, tratando de tener la máxima información.

—Sí, tres jornadas antes de llegar obligué a Aleon a suspender el hechizo. Quería que su alteza supiese que estábamos llegando. Laiya asiente mientras le sonríe; la prepotencia y el orgullo de Gorber, en esta ocasión, quizás le hayan beneficiado.

—¿Las escaramuzas fueron importantes?—necesita saber hasta qué punto les ha comprometido.

—Nada más llegar al río, una patrulla nos divisó. Parece que

Porsam está reuniendo tropas en esa zona. Aleon quería huir, pero los habitantes de las cavernas jamás escapan de la lucha.

«Cuánta estupidez junta», piensa la reina; pero nada en su rostro refleja su estado de ánimo , sigue escuchando con interés.

—Nos cercaron; eran nueve. Pensaron que nos aplastarían con facilidad y nos despojarían de nuestros bienes. Cometieron un grave error. Sacaron sus espadas para masacrarnos; pensando que éramos campesinos desarmados, su sorpresa fue cuando aparecieron las espadas en nuestras manos. De un certero golpe decapité a los dos que tenía más cerca, I en unos segundos no quedaba uno con vida.

—Menuda sorpresa se llevarían cuando se percataron de la masacre —ironizó la reina; pero el señor de las cavernas no se percató de su tono y continuó su relato.

—Pocas horas después nos seguía otra patrulla, incluso detectó Aleon un tarxin cruzando el río Torrat. Se unió a los que nos perseguían, pero a pesar del encuentro posterior, que nos retrasó, no lograron alcanzarnos.

La cara de Laiya ya no puede evitar ser reflejo de la preocupación que la embarga. Hace una seña casi imperceptible a Mander y Morgan, que escuchan con expresión de terror; ambos salen del salón procurando no llamar la atención.

MARTRAN: El regreso de la reina

—Gorber, por favor, con un viaje tan largo estaréis cansados y hambrientos. Me haréis el honor de aceptar los manjares que mis cocineros han preparado para la ocasión; espero que me disculpéis si no están a la altura de tan ilustre invitado, pero es difícil conseguir provisiones en estos tiempos.

La reina les indica que la sigan hacia una puerta lateral que desemboca en una amplia estancia, en el centro de la cual una enorme mesa está llena de exquisitos manjares. Se siente por un momento insignificante junto a los cinco gigantes, pero se recupera enseguida y procura erguirse todo lo que le es posible.

—Si me disculpáis un segundo, debo dar órdenes para que preparen vuestros aposentos. Volveré de inmediato; podéis comer tranquilos —le dice.

—¿No nos acompañáis?—responde el señor de las cavernas sin mucho entusiasmo.No está muy habituado al protocolo y en estos momentos

se siente más cómodo compartiendo mesa con sus soldados.

—No, querido amigo; para mí es más importante en estos momentos supervisar personalmente que todo esté a vuestro gusto. Ya tendremos tiempo de compartir mesa.

Dedicándole la mejor de sus sonrisas, la reina sale despacio del salón. En cuanto desaparece, Gorber y sus acompañantes se abalanzan sobre la mesa; llevan muchas jornadas sin disfrutar de una

buena comida.

Laiya se dirige precipitadamente a la biblioteca, donde espera encontrar a Mander y a Morgan. En efecto, allí se encuentran, discutiendo acaloradamente.

—Señores, éste no es momento de discutir, sino de buscar soluciones —los dos se vuelven hacia la puerta.

—Señora, debemos abandonar el castillo. Pronto estarán aquí los soldados de Porsam, junto con los tarxins y los magos negros —el miedo se refleja en la voz del mago.

—No me digas que el Consejo de la reina no podría acabar con unos cuantos soldados y unos tarxins. No creo que por unos cuantos habitantes de las cavernas el señor de los pantanos movilice a todas sus huestes—la ironía baila en la voz de Laiya; obviando su tono, Morgan le responde:

—No estamos preparados…

La reina le interrumpe.

—No se trata de luchar, sino de preservar nuestro anonimato, la sorpresa es fundamental.

—Ya no es posible —responde el mago.

—Yo creo que existe una posibilidad; será difícil pero puede funcionar—interrumpe el señor de los alados, entrando por primera

vez en la conversación.

—Dime, por favor —le insta la reina, nerviosa.

—De inmediato, se preparan cinco soldados del valle y un mago;

lograremos que se alejen, partiendo del punto que dejaron de usar

la magia, hacia el mar. Avanzarán hasta llegar cerca de los lugares en

que los marinos de la superficie hacen sus transacciones e intentaran obtener víveres;

es algo que los habitantes del valle hacen con cierta frecuencia.

Permanecerán acampados hasta que llegue la patrulla de Porsam.

Portarán las espadas de los habitantes de las cavernas.

—Eso es imposible. Son demasiado pesadas, no podrán ni levantarlas;

además enfrentarse a una patrulla numerosa junto a un

tarxin, con solo cinco soldados y un mago, es un suicidio.

—No; si el mago es bueno tendrán una oportunidad.

—¿Por qué tienen que ser las mismas espadas? Pueden llevar

unas más adecuadas a su tamaño; con un poco de magia serán iguales

a las otras —comenta Laiya, intentando aportar soluciones.

—Las heridas que dejan en los cadáveres son muy distintas; es

muy posible que se dé cuenta si observa el campo de batalla atentamente

—le dice Mander, pacientemente.

—Podríamos modificar con magia el aspecto de las heridas…

El alado la interrumpe.

—Eso es lo primero que detecta el señor de los pantanos. Le

sorprendería sobremanera que alguien manipulase las heridas; eso sin duda le daría en qué pensar. El mago ha de conseguir que la batalla sea rápida, cuanto más dure más fácil es que reciban ayuda de patrullas cercanas. Tiene que tener usted en cuenta que Porsam verá la batalla en tiempo real.

—Tienes razón; no he pensado con coherencia. Tú tienes más experiencia, lo haremos a tu manera. ¿Cómo atraeremos a Porsam?

[167]

MARTRAN: El regreso de la reina

—Utilizando la magia. Los está buscando, detectará cualquier destello de hechicería —Mander sabe que es la especialidad del señor de los pantanos localizar magos. Su mayor preocupación durante décadas ha sido controlar la magia; eso y evitar que las distintas razas se unieran, por eso le preocupa cuando alguien se aleja de su territorio.

—¿En qué puedo ayudar yo? —Morgan se siente inseguro y desplazado.

La reina intenta darle protagonismo. Lo necesita, es un buen mago; no debe dejar que se aleje del proyecto.

—Tu labor es muy importante. Conoces a tus compañeros; has de elegir al mejor de entre todos. Deben salir esta misma noche. Cuento contigo para que lo prepares todo.

El mago se inclina y sale a cumplir la orden. Está contrariado;

no le ha gustado la intervención del alado.

—Sailla.

La reina ha tenido una idea para poder utilizar las espadas de

los habitantes de las cavernas sin tener que ofrecerles explicaciones

que no aceptarían.

La joven entra, disculpándose.

—Yo, señora, pasaba por aquí en este momento…

Laiya la interrumpe.

—No es momento; llama al capitán, quiero hablar con él.

—Sí, alteza—la joven sale sin dejar de disculparse en voz baja.

Mander y Laiya permanecen en silencio, sumidos en oscuros pensamientos.

Saben que les mandan a una misión de la que es muy probable

que no vuelvan. El capitán entra en la biblioteca.

—Majestad, ¿me habéis mandado llamar?

—Elige cinco soldados, los más fuertes y capaces; quiero que sepas

que han de manejar las espadas de los habitantes de las cavernas

—la reina guarda silencio, esperando la reacción del soldado, pero ni

un solo musculo de su rostro se altera, solo pregunta hierático:

—¿Cuál será su misión?

—Mander te informará. Saldrán al anochecer, yo me encargaré

de proporcionarles las armas.

El capitán frunce momentáneamente el ceño, no le gusta recibir órdenes de un alado, pero para él cualquier cosa que mande su reina no se discute.

—Volveré con mis invitados, al anochecer tendréis las espadas.

La reina sale, resuelta a cumplir el plan que se ha trazado. Al entrar en la estancia donde se encuentra Gorber con su séquito cesa la algarabía reinante.

—Por favor, continuad comiendo. Sailla —la reina se dirige a la muchacha—. Trae nuestro mejor caldo —mirando con la mejor de sus sonrisas a Gorber, añade—: Nuestros invitados lo merecen todo—I dirigiéndose al señor de las cavernas continúa—: Sé que os gustará. Es muy especial, algo fuerte; pero nada que no puedan soportar los curtidos habitantes de las cavernas.

Gorber, muy orgulloso, responde:

—Lo probaremos en vuestro honor, señora.

El señor de las cavernas se siente halagado. Ni en sus mejores sueños imaginó este recibimiento; está claro que la reina comprende la importancia de contar con él. Levanta la copa que Sailla le ha servido , sus súbditos le imitan. Rápidamente, la joven vuelve a llenar las copas una y otra vez, hasta que todos, casi al unísono, caen al suelo inconscientes.

—Es increíble que con tanta raíz de bora como han ingerido hayan permanecido conscientes tanto tiempo—comenta la muchacha,

mirando a los gigantes tendidos en el suelo.

—Lo realmente sorprendente es que Aleon haya resistido hasta este momento. Espero que no nos hayamos pasado con él —Laiya mira al mago, preocupada.

—No os preocupéis, alteza; es un viejo duro. Supo resguardarse bien durante la guerra, eligió un sitio seguro para vivir —en la voz de Sailla se nota el resentimiento; muchos magos murieron durante los últimos años solo por salir a conseguir víveres, entre ellos su propia madre.

—No creo que vivir a la sombra de Gorber le haya sido fácil.

Da orden de que los depositen en sus aposentos, deben despertarse allí. Espero que duerman durante dos días al menos. Las espadas dejadlas aquí.

[169]

MARTRAN: El regreso de la reina

—Sí, señora —la joven sale precipitadamente de la estancia.

La reina se dirige a la biblioteca, con la esperanza de encontrar a Mander aún en ese lugar. En efecto, el alado charla con el capitán, inclinados sobre un mapa de Martran; ambos levantan la vista cuando entra Laiya.

—Por favor, no quiero interrumpir. Las armas están en la estancia contigua al salón del trono, podéis cogerlas cuando queráis.

—¿Qué ha sucedido? No creo que el señor de las cavernas

os las haya entregado sin pedir explicaciones—pregunta Mander, sorprendido.

—No; es algo más complicado. Ya os lo contaré más tarde; ahora decidme cómo va todo —la reina está preocupada.

—Mis soldados están preparados. Si me permitís, voy a ordenar que recojan las armas; al menos podrán practicar unas horas.

—Por supuesto. Me gustaría decirles unas palabras antes de que partan —Laiya desea que sepan de sus labios que aprecia el sacrificio que van a hacer.

—Como vos mandéis.

Con una inclinación, el capitán abandona el lugar.

—Mander, explícame tu plan exhaustivamente; quiero saber a dónde mando a mis soldados.

El señor de los alados se dispone a responder a la reina cuando irrumpe Morgan en la biblioteca, sin anunciarse, seguido de Celiam.

—Señora, ya hemos tomado una decisión—le informa el líder del Consejo.

La reina mira sobresaltada a la maga. No es para ella una buena elección; no duda de su capacidad, pero sabe de la dificultad de la misión y lo difícil de volver con vida. Aprecia a la joven, es su única aliada en el Consejo. Hace un tímido intento, pero sabe de antemano que dejó la decisión a Morgan y sería una grave ofensa que lo

desautorizara.

—¿No es muy joven para esta responsabilidad?

—No alteza, es una gran maga , su juventud ayudará a superar

las agotadoras jornadas de viaje que le esperan.

La reina inclina la cabezaI asintiendo. La torcida sonrisa que ha

descubierto en el rostro del anciano le hace pensar que sospecha de

Celiam, de su verdadera misión en el Consejo, I ha decidido

deshacerse de ella mandándola a esta misión. Sabe que no puede hacer

nada más, salvo desear que vuelva sana y salva.

—Mander, por favor, explícanos tu plan—el disgusto recibido

se refleja en el rostro de Laiya mientras se inclina sobre el mapa que

el señor de los alados ha extendido sobre la mesa.

En esos momentos, en el patio del castillo, cinco soldados del valle

consiguen a duras penas manejar las enormes espadas. no comprenden

por qué han de usarlas, cuando las suyas son mucho más

ligeras y en sus manos más útiles; éstas les restan efectividad. De todos

modos, ninguno hace comentarios en voz alta, se limitan

a obedecer e intentar adquirir destreza en el manejo de su nuevo armamentoI

en el menor tiempo posible.

Al anochecer, en el patio del castillo, están reunidos los cinco

soldados junto a CeliamI preparados para partir. Ésta escucha

atentamente
las últimas instrucciones de Mander; sabe que le va la vida
en ello.
La reina, que ha permanecido algo alejada junto a Morgan y
el capitán, se acerca al grupo para dirigirles unas palabras a sus
hombres.
—Quisiera que supieseis que esta misión es transcendental.
De ella depende nuestra estrategia en el futuro; en vuestras manos
está la derrota no muy lejana de Porsam. Sois los mejores, por eso
vuestro capitán os ha elegido; I en cuanto a ti, Celiam, a pesar de
tu juventud, sé que eres la más adecuada para guiar a estos valientes
de vuelta a casa. Estoy muy orgullosa de vosotros, I rezaré a Matizxa
para que pronto estéis de vuelta. Sé que todo irá bien—la reina
les dedica una amplia sonrisa llena de seguridad y tranquilidad,
aunque está muy lejos de sentir nada de eso. Muy al contrario, por
dentro las lágrimas fluyen como un río desbordado dentro de su corazón;
sabe que en un futuro habrá de tomar muchas decisiones
como ésta, pero no cree que jamás se acostumbre a mandar a sus
súbditos a la muerte.
[171]
MARTRAN: El regreso de la reina
Los viajeros la escuchan firmes, con la mirada al frente; en sus
rostros no se refleja ninguna emoción. Laiya siente una profunda
gratitud hacia esos seresI que hace unos meses ni sabían de su existencia

y ahora están dispuestos a dar la vida por ella sin dudarlo.

Mientras ve cómo salen al galope por las enormes puertas del castillo, dejando dentro la seguridad de la que han gozado hasta esos momentos, las lágrimas recorren lentamente las mejillas de la reina.

Camino de sus aposentos, el largo pasillo parece medir kilómetros; nota que las fuerzas le faltan. Para ella esto es lo más difícil.

Los días siguientes pasan muy despacio, la reina no sale de sus habitaciones.

A pesar de los esfuerzos de Sailla para animarla, su estado de ánimo es pésimo; se niega incluso a recibir a Mander, quien no está de mejor humor: a la preocupación por la suerte de su hijo se añade saber que su plan suicida llevará a seis valientes, posiblemente, a la muerte. Sailla pasa el tiempo entre la atención a su señora y la vigilancia a la que tiene sometidos a los habitantes de las cavernas, que aún no han despertado. La joven ha preparado ingentes cantidades de infusiones de bora que les obligará a ingerir en cuanto sienta que comienzan a moverse.

Cuando ya habían perdido la esperanza de que alguno hubiese podido escapar con vida, Sailla entra gritando muy agitada en las habitaciones de la reina.

—Alteza, alteza, tres jinetes se acercan al galope al castillo, son nuestros soldados.

La reina nota que su corazón se acelera.

—Avisa a Mander, que se reúna conmigo en el patio—sale precipitadamente,

seguida por la joven; cuando llega su capitán ya está

allí, esperando a sus hombres. La reina lo mira interrogante, él contesta

con tristeza; aunque sabe que no tenían casi ninguna posibilidad

y que regrese alguno es un triunfo, no deja de pensar en los que

han caído.

—Dos de mis soldados y la maga.

Laiya baja la cabeza, recordando a los caídos, pero da gracias a

Matizxa; es un milagro que alguien se haya salvado y el regreso de

Celiam la llena de alegría, dentro de estos tristes momentos. Mander

se reúne con ellos, a pesar de lo difícil que resulta que las emociones

se reflejen en el rostro del alado, la reina cree vislumbrar una

sombra de preocupación. En esos momentos las puertas se abren, I

tres caballos entran al galope para detenerse bruscamente a escasos

metros de ellos. La maga desmonta precipitadamente, al igual que

uno de los soldados; el otro es ayudado a apearse del animal: ha viajado

atado a su montura , parece venir muy mal herido. Celiam grita

nerviosa:

—Ayudadnos, está muy mal, necesita cuidados inmediatamente.

Sailla se adelanta I, tras examinar al herido, comienza a dar órdenes;

pocos magos en Martran saben tanto sobre hierbas curativas

y hechizos sanadores.

—Llevadlo a mi habitación.

Dos soldados lo cargan , con mucho cuidado se alejan hacia el

interior del castilloI siguiendo a la joven.

Minutos después, en la estancia contigua al salón del trono, se

ha improvisado una reunión muy importante. La reina, que la preside,

toma la palabra dirigiéndose a Celiam:

—Sé que estáis muy cansados, pero necesitamos saber lo ocurrido.

No es necesario que entréis en detalles que nos relataréis más

adelante; el resultado de la batalla , lo que podemos esperar de Porsam

es lo que nos preocupa.

La maga comienza su relato con voz cansada, mientras el soldado

permanece cabizbajo a su lado.

—Al atardecer del segundo día llegamos a una aldea de marinos de la superficie,

la señalada en el mapa que Mander nos había proporcionado.

Acampamos a media hora de distancia, a pie, I esperamos con paciencia.

Yo había activado un escudo de protección bastante rudimentario,

pero utilicé suficiente magia para que fuese detectada. Los

marinos de la superficie, atentos a los viajeros para intercambiar su mercancía, se

acercaron al día siguiente; los ahuyenté con pequeñas ráfagas de fuego

azul, porque no quería que se encontraran en medio del campo

de batalla. Me dediqué incansablemente, durante todo el día, a recorrer

con la mente los alrededores, sabía que tarde o temprano nos descubrirían , así fue: al atardecer del segundo día detecte al grupo. Venían directamente hacia nosotros, guiados por la estela de

magia que había dejado. La trampa funcionaba. Nos comportamos como comerciantes despreocupados, extendiendo las mercancías que llevábamos; nada más lejos de la realidad. Nuestros cinco sentidos estaban alerta, yo informé a mis compañeros de la proximidad del enemigo. Avanzaban a gran velocidad, sin ninguna precaución; Porsam, en su ansia por saber , asentado en la seguridad, convencido de que nadie podía hacerle frente, no había intentado ocultar la presencia de sus soldados, aun sabiendo que en el grupo que perseguían había un mago.

—Imagino que el señor de los pantanos debió pensar que en el grupo viajaban habitantes de las cavernas, por las heridas de sus soldados

muertos; con lo peligrosos que son, ¿cómo no aseguro el ataque? —comenta la reina, cada vez más asombrada por la ingenuidad de su enemigo.

—La presencia del tarxin en el grupo le tranquilizaría; son muy fuertes, los únicos junto a los magos capaces de enfrentarse a los gigantes

de Martran —sentencia Mander.

—Continúa, Celiam.

—Como iba diciendo, su avance era rápido; se nos complicaba la situación cuando descubrí que tras ellos, a un día de distancia, se acercaba otro grupo con un mago negro a la cabeza.

—¿Cómo lo supiste?—pregunta Laiya cada vez más asombrada.

—No se ocultan. Su aura mágica siempre esta activada; están acostumbrados a que los magos en la clandestinidad huyan cuando los detectan —explica la joven.

—Continúa, muchacha—le pide el señor de los alados, admirado del valor y la inteligencia demostradas por Celiam.

—Nuestra única oportunidad era que su prepotencia les hiciese atacar sin esperar los refuerzos. Si no era así, ninguno de nosotros sobreviviría. Teníamos claro que no debían cogernos vivos; en manos de un mago negro ni siquiera yo tenía claro que pudiese resistir el interrogatorio.

La reina se estremece ante la sangre fría con que la joven habla de quitarse la vida.

—Decidimos ponerles fácil el ataque. Nos tumbamos y simulamos dormir, I desactivé el escudo de protección como si por descuido

hubiésemos olvidado conectarlo tras las transacciones comerciales realizadas.

Era arriesgado, sabían que en el grupo iba un mago, su señor

les estaba guiando por la estela de magia que yo dejaba; podían

sospechar si no encontraban resistencia al aproximarse, y si la encontraban

no podrían atravesarlo y esperarían al mago que les seguía.

Pensé que era mejor dejarles el paso libre y rezar a Matizxa para que,

al ver que no había en el grupo habitantes de las cavernas como sospechaban,

su ansia por complacer a su señor les hiciese atacar. Cuando

estaban a media hora de nosotros, el tarxin que los acompañaba

se desvió, acercándose a la orilla del mar I situándose a nuestra espalda.

Estaba clara su intención: querían atacarnos por ambos lados.

Nos colocamos como por descuido, yo frente al tarxin y mis compañeros

de cara a los soldados; nuestra desesperación comenzó a crecer

cuando dejaron de avanzar. Estaba claro que esperaban al mago negro.

De pronto, la suerte nos sonrió. El atardecer es el momento en

que los grandes monstruos del mar salen a la costa, seres de más de

seis metros de altura, I le sorprendioI. Sabía que incluso elevándose

no podría huir de ellos, e hizo lo único que podía hacer: volar

hacia nosotros. Sus gritos alertaron a sus compañeros, que desconcertados

le imitaron, lanzándose al ataque; le esperé , lanzándole un

rayo de fuego intenté frenarlo. Pero fue más rápido que yo:

se cubrió con sus grandes alas ignífugas , no le causé daño alguno.

Pero no me preocupé, sabía que no podía mantenerse en el aire sin

desplegar las alas, I no podía atacar sin ver; por tanto, tarde o temprano las abriría. Esperé preparada; en efecto, tras escasos segundos desplegó las alas y se lanzó contra mí. Me desplacé hacia un lado y le lancé mis rayos azules. No pude evitar que alcanzara a uno de mis compañeros con sus garras, lo elevó mientras ambos ardían. Creo que no olvidare jamás sus gritos de terror. Mientras, los soldados de ambos bandos luchaban denodadamente. El ataque precipitado del tarxin nos ha permitido volver con vida; aunque no a todos—en la voz de la joven está reflejada la tristeza por la muerte de sus compañeros. La reina la abraza para consolarla.

—Estoy orgullosa de todos, pero en especial de ti.

Celiam no tiene tiempo para contestar a su señora; en ese momento entra Sailla en la estancia.

[175]

MARTRAN: El regreso de la reina

—Alteza, las heridas son profundas y ha perdido mucha sangre; pero se curará.

—Gracias. Quiero que estés pendiente de él. Será tu prioridad, le debemos mucho a estos valientes —comenta Laiya, emocionada.

—Lo haré como ordenáis.

—Puedes retirarte. Vuelve con tu paciente y mantenme informada de su evolución.

La joven asiente , sale precipitadamente I inclinándose ante su

señora.

Mander devuelve a los allí presentes al tema al preguntar:

—Celiam, ¿las espadas de los soldados fallecidos?

—Están en mi caballo. Supuse que habría que devolverlas, no creo que deseaseis explicar a Gorber el camino recorrido por sus armas —a pesar del dolor que siente, no puede evitar sonreír.

—Alteza, mis soldados están agotados; piden permiso para retirarse.

—Por supuesto. Cuando se hayan recuperado, se les impondrá la medalla al valor por los servicios prestados a Martran.

El capitán y los soldados se inclinan con respeto ante su reina , salen.

Morgan, que ha escuchado el relato en silencio, pregunta:

—¿Todos murieron?

—Sí; de todas formas no nos paramos a comprobarlo. El grupo de refuerzo estaba cerca , teníamos que huir, así que nos dispersamos. Yo cabalgué con el herido, para protegerlo; quedamos en reunirnos a dos jornadas del castillo y así lo hicimos.

—¿Crees que habéis logrado engañar a Porsam? ¿Estará convencido de que los tres ataques están realizados por los mismos? —pregunta Laiya.

—Eso espero, alteza; es muy triste que por la estupidez del señor de las cavernas hayan tenido que morir vuestros soldados —la rabia baila en los labios de Celiam.

Morgan la reprende:

—Muchacha, no puedes hablar así de uno de los señores de Martran.

La reina sonríe y comenta:

—Aun comprendiendo tus sentimientos, Morgan tiene razón.

Es nuestro aliado, lo necesitamos; los habitantes de las cavernas son fundamentales en esta guerra que vamos a emprender. Ahora podéis retiraros, necesitamos descansar todos.

Con una leve inclinación de cabeza, todos van saliendo de la estancia.

—Mander, espera, necesito hablar contigo.

La orden de Laiya para el avance del señor de los alados.

—Decidme, alteza, ¿en qué puedo serviros?

—Quiero tu opinión del resultado de la misión. No estoy segura de que Porsam no intente localizarlos y vengar la muerte de sus súbditos; temo que pueda localizar este castillo, que la magia que lo protege nos delate.

—Quisiera aseguraros que eso no ocurrirá; pero no puedo. Tengo una opinión formada, totalmente subjetiva, basada en mi experiencia sobre la actuación del señor de los pantanos, solo eso.

—Me basta, confío en tu buen criterio.

—Creo que hará un rastreo; pero han sido inteligentes al separarse. Necesitaría más efectivos que los que posee cerca para localizarlos, , no me parece que le merezca la pena. Ver a habitantes del valle intentando conseguir víveres es normal con el invierno aproximándose; la compañía de un mago joven tampoco es extraña, suelen unirse a estos grupos para obtener provisiones a cambio de protección. Lo único que debe sorprenderle son las armas que portaban, a eso le será difícil encontrarle justificación. El problema es que centre su atención sobre esta zona; siempre la ha evitado por su proximidad a la costa, ya que los monstruos del mar son muy peligrosos y numerosos, I huelen la sangre a mucha distancia. Si estaban en su territorio, los cadáveres no habrán durado mucho; espero que los heridos, si los ha habido, hayan sido rescatados por sus compañeros; al menos para que Porsam haya comprobado lo que su mente ha visto durante la batalla. Las espadas de los habitantes de las cavernas… eso le hará asociar los tres ataques.

—¿No tiene poder para eliminarlos? —pregunta Laiya, interesada.

—En este momento no le compensa; tendría muchas pérdidas. Ellos no pueden permanecer mucho tiempo fuera del agua , por tanto no se alejan de la costa. Controlan mucho territorio porque Martran

es una isla enorme, pero poco habitada; no le resultaba atractivo. Nadie se ha acercado a este castillo, por su proximidad a la costa, desde La muerte del rey, que gozaba de la protección de Slam. Por eso nunca le ha interesado al señor de los pantanos. La magia que lo circunda es pequeña, no la detectaría a no ser que se centrara en este punto.

—Pensé que estábamos más protegidos, que había más seguridad —la preocupación la invade.

—Y la hay. Aquí pueden llegar los monstruos marinos; si Slam no nos protegiera estaríamos todos muertos. Porsam sabe que aquí no se refugiarían sus enemigos, esta zona siempre la ha tenido menos controlada; ya la vigilaban por el los habitantes del mar.

—Antes dijiste que, a partir de ahora, piensas que esta situación cambiará.

—Sí, alteza; la comida en nuestra tierra es escasa. La quema de bosques, los continuos saqueos y la destrucción de los campos de cultivo han acabado con nuestra fuente de alimentos. Porsam tiene que dar de comer a sus tropas, que son muy numerosas; el mar es rico en alimentos. No tardará en volver su vista hacia él, I el señor del mar lo sabe; ése es uno de los motivos de aceptar ayudaros tras comprobar quién sois, I sabiendo que vuestra alteza es la única capaz de unir a todos a pesar de sus diferencias.

—Poderoso motivo para cambiar de actitud —comenta la reina, sonriendo.

—A pesar de todo lo dicho, si supiera que estáis aquí, ni todos los monstruos juntos detendrían a Porsam. Dependemos de la suerte más de lo que yo desearía.

—No debería haber sucedido esto. Tenemos que tener más cuidado, la sorpresa es nuestra mejor arma.

—No os preocupéis, no tenéis ningún otro aliado tan imprudente como Gorber.

En esos momentos entra Sailla en la estancia.

—Señora, vuestros invitados están empezando a despertarse. ¿Qué debo hacer?

—Asegúrate de que no despierten hasta mañana, por favor, ordena que coloquen sus armas junto a ellos. Debes conseguir que no sospechen nada.

—No será difícil, estaban tan borrachos que cuando despierten les costara pensar. Incluso Aleon será fácil de manejar de momento —la joven se inclina y sale a cumplir la orden.

Mientras, Mander no ha dejado de contemplar a Laiya con admiración. Hasta hace unos meses ni recordaba que este mundo existía, y ahora gobierna a sus líderes con inteligencia. Pero otro sentimiento le invade: el amor. Estos días, en los que han permanecido juntos compartiendo tantas cosas, han hecho crecer en el corazón

del señor de los alados algo que ya consideraba olvidado. No debe dejar que nadie note nada; es la reina y tiene una misión que cumplir; I si alguien sospechase una relación entre ellos, las alianzas que debe establecer con el resto de los señores de Martran serían casi imposibles.

—Mander, estás muy pensativo.

—Solo cansado, alteza. Será mejor que nos retiremos a descansar; mañana tendréis que enfrentaros de nuevo a Gorber , no os será fácil.

—Sí; como siempre tienes razón. Pero cuento con tu ayuda, eso me tranquiliza.

Laiya sonríe, cansada. Sin apenas darse cuenta, su mano, como si tuviese vida propia, se acerca al rostro de Mander y lo acaricia; rápidamente la retira mientras un leve rubor cubre sus mejillas, I sale precipitadamente como si todo el ejército de Porsam la persiguiese.

El señor de los alados permanece unos minutos mirando fijamente la puerta, una sombra negra recorre su mirada.

El nuevo día sorprende a Laiya despierta. Durante toda la noche no ha dejado de pensar en Mander; la llegada de Sailla la devuelve a la realidad.

—Señora, no habéis dormido—la preocupación es patente en su voz.

—Estoy bien. ¿Y mis invitados?

—Se han despertado con dolor de cabeza y muy mal humor.

[179]

MARTRAN: El regreso de la reina

—Diles que no me encuentro bien; creerán que bebí demasiado, como ellos. Necesito unas horas de paz, después aguantare a Gorber todo el tiempo que sea necesario.

—No se preocupe, yo sabré disculparla.

—¿El herido? —pregunta la reina.

—Mejor, alteza; ya está fuera de peligro. Pero las heridas son profundas, tardará en recuperarse del todo.

—Cuando te retires, llama a Celiam; he de hablar con ella. Después descansare un rato. He de pensar cómo manejar la situación.

—Ahora mismo la llamaré, I le traeré algo de comer.

—No tengo hambre… —la joven no la deja continuar.

—Debe alimentarse, ha de tener fuerzas para seguir adelante.

—Está bien, Sailla, te obedeceré.

La reina sonríe; le conmueve la sincera preocupación de la joven. Laiya analiza cómo manejar la conversación con la maga. Necesita su complicidad en el Consejo; todo depende de su capacidad negociadora. Le esperan días muy complicados.

[180]

B.J. ROMERO

EL VIAJE DE LOS PRÍNCIPES

En la cueva de Brortran la actividad es desenfrenada. Aixa, muy

preocupada,

da instrucciones a Alban.

—¿Estaréis seguros? Cuida bien de él.

—No debéis preocuparos; aquí está a salvo. No dejaré que nada

malo le pase a vuestro padre. Pero me gustaría continuar el viaje ,

poder ayudar, en vez de quedarme sin hacer nada.

Tanya le reprende:

—Tu misión es muy importante. Más tarde, cuando haya que

trasladar al humano hasta el territorio de los alados, solo un mago

con tu experiencia lograría llegar con vida.

—Tu madre tiene razón. La seguridad de mi padre es muy importante

para nosotros —le dice Rowan, que en el fondo comprende

la actitud del que ya considera un buen amigo.

Sienam entra en la estancia y les apremia:

—Todo está preparado, debemos partir.

Pasados unos minutos, justo al atardecer, cuatro jinetes parten

de las Montañas Negras al galope. Durante varias semanas viajan de

noche y descansan de día, esquivando a las patrullas de Porsam que

se desplazan por la zona. No ven a nadie; solo a lo lejos algunas pequeñas

aldeas donde diminutos huertos son la única nota de color

en el árido paisaje.

—Daos prisa, pronto amanecerá , debemos llegar a la aldea de

Morsax, es el único lugar donde estaremos a salvo.

—No hemos visto ni un árbol en todo el camino. ¿Siempre fue así?

[181]

—Si buceas en tus recuerdos, verás campos sembrados, inmensas extensiones de flores de múltiples colores que desprendían un aroma que identificaba al valle de Martran como I seña de identidad—

Tanya se interrumpe al distinguir a lo lejos el lugar que buscaban.

Frenan el avance de los caballos, mientras Rowan comenta preocupado:

—Si nos ven se harán preguntas, nuestra apariencia no es lo que se dice normal.

Tanya le responde segura:

—No entraremos en la aldea. Poco antes de llegar está la cabaña de un amigo, allí descansaremos antes de proseguir el viaje. Me adelantaré para avisarle de nuestra llegada.

Sin esperar respuesta, parte al galope.

Aixa no deja de observar el paisaje, angustiada. De pronto frena